

Primera Parte

El Manifiesto Comunista hoy

El Manifiesto Comunista hoy

*Víctor Manuel Moncayo C.**

Quiero reiterar el saludo a los colegas invitados internacionales, a los profesores cubanos, al profesor español. Felicitar al Comité Organizador de este evento y agradecerles a todos ustedes la acogida que le han brindado a la convocatoria que se ha hecho para esta conmemoración, que no solamente tiene ese sentido sino el de volver, en el ambiente universitario, a replantear la temática que gira alrededor de la significación de la obra de Marx.

Los elementos publicitarios que hemos utilizado para esta convocatoria están presididos por un grabado que evoca la época del *Manifiesto*; recrea la circunstancia de marzo de 1848 en Bruselas. Hacía pocas semanas acababa de editarse en Londres la primera edición del *Manifiesto*. Marx es conducido por los gendarmes en cumplimiento de una orden de expulsión, por haber descatado su compromiso de no inmiscuirse en la política interna de los países europeos y, en particular, de esa Bélgica que empezaba a organizarse como Estado nacional. Muy pronto va a ser conducido a la frontera francesa en compañía de su mujer y sus hijos.

¿Cómo hablar hoy de Marx? Hoy, cuando la fase actual del capitalismo nos dibuja un panorama difícil de afrontar, cuando se nos dice que la historia ha terminado, que debemos resignadamente ceder el paso al capitalismo triunfante, que ya es caduco hablar de clases y de lucha entre ellas, que es preciso hablar más bien –entre otras cosas– de etnias, de culturas múltiples, que el proletariado ha desapa-

* Rector de la Universidad Nacional de Colombia.

cido, que no hay programas ni alternativas, que la única es la integración al sistema, que los experimentos socialistas han fracasado, que no hay partidos ni movimientos, ni opciones anticapitalistas.

¿Cómo hablar de Marx en esas circunstancias? ¿Cómo hacerlo si aun las masas han destruido sus estatuas, levantadas antes como símbolos de una resistencia o de regímenes erigidos en su nombre? ¿Cómo hablar de él si se nos dice que no hay proyecto, que no hay posibilidades, que estamos abandonados al espontaneísmo, que hay límites insuperables para la acción subversiva, cuando se nos dice que ha muerto o que si acaso vive es pieza de museo, que ha sido olvidado, que ya nada de su obra nos es útil para decir, hablar o actuar?

¿Cómo resistir a que nos digan dinosaurios por volver a hablar de Marx? Se impone remontar ese terreno al cual nos quieren conducir, y eso nos impone la necesidad de volver a hablar de capitalismo, no dejarnos enredar en eufemismos, en nación, en pueblo, en constituyente, en derechos humanos, en sociedad civil. Hay que volverse a atrever a hablar del sistema, hay que romper el tabú que nos impide hablar del sistema. ¿Por qué no volver a llamar las cosas por su nombre?, ¿por qué tenemos que seguir eufemísticamente hablando de país, de nación, de comunidad, de instituciones nacionales, de pueblo?

Es que, como lo plantea Derrida en un texto ya bastante conocido, Marx –y más que Marx su obra– es también un fantasma como el comunismo, que con Engels describía al inicio del *Manifiesto*. Efectivamente es así; nos están haciendo vivir con miedo a ese fantasma. Por eso la consigna es que “ha muerto”. Hay una especie de conjura universal para evitar que volvamos a su obra, y debemos regresar a ella aunque no en términos apologéticos ni religiosos. Tenemos que descubrir y develar que existe un gran temor de que vuelva a ser útil en una época bien distinta de la que él vivió, entendió y combatió. No podemos comprender nuestro presente olvidándolo, al menos para quienes creemos obstinadamente que la historia no ha concluido.

Hay que pensar que frente a ese fantasma de su obra, al fantasma de “Marx hoy”, Marx fue también un cazador de fantasmas, no sólo del comunismo en su búsqueda, sino contra los fantasmas de la ideología, del fetichismo, del opio religioso, de la creencia en las ideas abstractas. Recordemos que en la *Ideología Alemana*, escrita sólo unos tres años antes de la publicación del *Manifiesto* nos decía: “Hasta el presente los hombres siempre se han planteado ideas falsas

sobre sí mismos, sobre lo que son o deben ser... Como creadores se han inclinado frente a sus propias creaciones. Liberémoslos de las quimeras, de las ideas, de los dogmas, de los seres imaginarios bajo cuyo yugo se estrellan". Y él con Engels eran personajes jóvenes entonces, de 29 y 27 años, que veían más sobre la naturaleza de su época que sus contemporáneos y quizá muchísimo más que otros después de ellos. Como hoy lo tenemos que hacer, ellos mismos, cuando apenas habían transcurrido 25 años del *Manifiesto*, fueron capaces de mostrar las limitaciones de ese texto para una coyuntura, para una época distinta. Claro está que nos decían que los principios generales allí expuestos se podían conservar en sus grandes líneas; pero al mismo tiempo afirmaban que había que revisar aquí y allá algunos detalles, que las cosas eran distintas, que había progresado la gran industria en los 25 años transcurridos, que la clase obrera de entonces había tenido progresos importantes, que se habían vivido experiencias prácticas, no solamente la Revolución de Febrero sino sobre todo la Comuna de París, que en sus voces, como decían ellos, durante dos meses puso por primera vez en manos del proletariado el poder político, y los llevaba a decir que esas circunstancias les hacían pensar que ese programa había envejecido en muchos puntos. Concretamente decían: La Comuna ha demostrado que "la clase obrera no puede contentarse con tomar tal cual es la máquina del Estado y hacerla funcionar por su propia cuenta".

Esa actualización de entonces o esa actualización de hoy, es la que nos diría que el problema de la superación del capitalismo es complejo, es histórico; no reside en la toma de los aparatos ni en medidas jurídicas sobre la propiedad, ni en la planificación; pasa por la destrucción de las formas sociales propias del capitalismo, la mercancía, el propio Estado, el sujeto igual, el derecho. Incluso, todavía se piensa que la meta no es la destrucción del aparato sino aprovecharse de él. Esa es la tarea a la cual nos invita un seminario como éste y que esta Universidad afortunadamente aún nos permite hacerlo.

¿Cómo podemos determinar en qué medida la obra de Marx está presente en la actualidad y qué parte de ella está vigente? Evidentemente 150 años después, como expresión subversiva conserva su frescura y uno podría, retomando en parte a Trotski, decir que hay elementos rescatables aún: el entendimiento materialista de la historia, el postulado de la contradicción de clases, el carácter histórico del capitalismo y, por tanto, de su naturaleza necesariamente superable, la crisis como vida permanente del sistema, el entendimiento del Estado

como esencial al orden y no como simple aparato, la imposibilidad de alcanzar el poder en el marco mismo del sistema, el carácter internacional del mismo, la ausencia de patria de los explotados, la consideración de que el orden social vigente no cede terreno hasta no agotar todas sus posibilidades y, sobre todo, a pesar del peso enorme de las formas sociales del capitalismo, que es menos sólido de lo que parece, y que esa fragilidad crea siempre la perspectiva objetiva de una resurrección del comunismo, que no solamente es objetiva sino subjetiva. Retomando a Hegel, “el hombre no es el mismo sino en la medida en que supera todas las condiciones existentes: la inmovilidad en la historia sería su muerte”.

Hoy tenemos ventajas relativas. Los marxismos, especialmente el marxismo soviético y otros tantos han dejado de existir, en especial los que usurparon su nombre convirtiéndolo en dogmatismo, en ideología de Estado, en determinismo, en certeza histórica. Pero existe el riesgo de que con el colapso de ese marxismo, la lucha o las luchas tomen formas ambiguas, divisivas; luchas que pierdan la identidad del oponente. Por eso hay que insistir una vez más en el rescate de la significación de la obra y romper con los marxismos, con el entendimiento de que hay una doctrina, de que hay una concepción del mundo, de que hay una verdad, de que hay una teoría, de que hay un método, de que hay una ciencia, de que hay una receta. Eso está en crisis y más que en crisis, eso es lo que ha muerto y a eso debemos imputarle el fracaso de los socialismos reales, de que no bastó la eliminación privada de los medios de producción, que no fue ningún cambio la nacionalización, que los productos siguieron siendo mercancías y la fuerza de trabajo también, que la planificación centralizada no modificó las relaciones ni fue nada distinto del mercado, que por eso quizá no ha sido posible la revolución en los países desarrollados, que por eso nos hemos ensimismado en las diferencias supuestamente del discurso teórico, económico o político de los marxismos.

Hay, pues, necesidad de volvernos a plantear el debate sobre la significación de la obra de Marx. Si algún uso o utilidad le atribuyó Marx a su obra, nunca fue en función de las necesidades del capitalismo, sino todo lo contrario: en función de su destrucción. Por algo no abandonó el calificativo de “Crítica de la Economía Política” y expresó que constituía el “más temible proyectil que jamás se haya lanzado hasta ahora a la cabeza de los burgueses”, que le asestaría un golpe del cual nunca podría recuperarse.

Siendo ese radical e incancelable antagonismo al Capital el signo central de la obra, su valor de utilidad es absolutamente inadmisibile para la relación de dominación, pues la ataca y la controvierete en su propio corazón, y bien sabemos que su vocación no es suicida sino de perennidad. El capitalismo no puede convivir con ese producto, no puede consentir su circulación; tiene que impedir su consumo, pero no puede de ninguna manera eliminarlo. Como manifestación de la oposición de clase está ahí, como cualquiera de las que históricamente se han producido y continúan produciéndose.

Cuando el valor de uso enfrenta la dominación, la tendencia al rechazo impide su mercantilización. Así lo vivió Marx con el manuscrito que se convirtió en la *Contribución a la crítica de la economía política* en 1859, que duró en manos del editor Duncker más de seis meses. Era lo que Marx llamaba “la conspiración del silencio”, con la cual lo honraba “la chusma literaria alemana” o “la canalla literaria” de que hablara Engels. Y así lo entreveía respecto de *El Capital*, cuando consideraba el riesgo de la confiscación y prohibición de la obra, e incluso llegó a concebir, vista la tardanza en el lanzamiento y la carencia de publicidad, la necesidad de enfocar el libro desde un punto de vista burgués para fines puramente mercantiles. Idéntica preocupación lo asaltaba cuando, luego de lanzada la edición, decía: “El silencio en torno a mi libro comienza a ser inquietante. No oigo ni veo nada. Los alemanes son unos buenos muchachos. Sus servicios como lacayos de los ingleses, de los franceses y hasta de los italianos en esta ciencia les autoriza naturalmente a ignorar mi libro”.

Por esas razones, Marx confía a Engels toda una campaña para que en cualquier lugar y en cualquier periódico se hable del libro, para forzar al debate, a la discusión, para enfrentar la economía del capital. En carta a Kugelman, Engels decía:

En estas circunstancias, para hablar como nuestro viejo amigo Jesucristo, debemos tener la inocencia de la paloma y la prudencia de la serpiente. Esos buenos economistas vulgares son lo suficientemente inteligentes como para dar muestra de circunspección ante este libro y, sobre todo, para no hablar de él, a menos que se vean obligados a hacerlo. Y a eso es a lo que tenemos que obligarles. Si se habla del libro simultáneamente en 15 o 20 periódicos –poco importa que sea bien o mal, en forma de artículos, cartas, en la parte no redaccional, en forma de carta de lectores– simplemente como una publicación importante, que merece atención, entonces toda la banda comenzará a aullar...

Parte de esa insólita campaña publicitaria son los muchos artículos firmados o anónimos que redactó Engels.

Esos son los mismos avatares que hoy tienen que sufrir, a pesar de que exista y se proclamen las libertades de prensa y de comunicación, quienes de manera enhiesta enfrentan al Capital en cualquier terreno discursivo, o en el arte, en el teatro, el cine o la poesía. Es la literatura subversiva –y por ello oculta–, bien distinta de la que sí publican, incluso pagada, con la pretensión de serlo o con el calificativo de tal, los diarios de gran circulación o las editoriales empeñadas en la llamada cultura popular.

Sin embargo, esa resistencia inicial a la obra de Marx, tanto en el mundo de la edición como en el de la circulación y de la crítica que la consume, poco a poco fue cediendo, hasta conducirnos al estadio apacible de hoy, en el cual se presenta en el mercado con la misma naturalidad con que lo hace la crema dental, los productos de tocador o el folletín de Corín Tellado. Algo muy fundamental tiene que haber ocurrido para que esa resistencia fuese vencida, que no es precisamente el triunfo de la crítica que ella representaba, sino justamente lo inverso. Su valor de uso original tiene que haber sido transformado, haciéndolo posible y aceptable para el capitalismo, y sobre esa base se ha desplegado como valor de cambio, como producto mercantil.

Los orígenes de esa posibilidad de mercantilización se encuentran, quién lo creyera, en la conversión de la obra de Marx en el marxismo. Todo comienza aún en vida de Marx, con la publicación del *Anti-Dühring* de Engels, cuyo propósito de vulgarización de las ideas de Marx condujo, como lo reconoce el propio Engels, a transformar en positiva la crítica negativa; a dar paso a la exposición coherente de un método, el dialéctico, y a una concepción del mundo, la comunista. Simultáneamente, el movimiento obrero alemán de la época, atravesado por diversas corrientes ideológicas, descubre en esa presentación la utopía que siempre se busca, pues encuentra en ella un cuadro teórico para su acción, una guía de su práctica. De allí arrancan todos los entendimientos que hacen de la obra de Marx un sistema, para considerarlo como filosofía, como ciencia, como ideología, como epistemología, como economía política, como doctrina, como concepción del mundo, como ciencia de la sociedad, como nueva utopía, dejando atrás, muy atrás, más que olvidado, el hecho histórico central de Marx como expresión subversiva y desestructurante de la relación capitalista. Y de allí provienen también los múltiples y varia-

dos marxismos y sus innumerables prolongaciones partidistas, en enconada disputa por la legitimidad de su herencia.

Lo que comúnmente se llama el marxismo, se eleva así a la categoría de sistema científico de interpretación del mundo, de saber universal, que por ese carácter se considera como la mejor garantía para el éxito de la difusión de las ideas revolucionarias y para la misma acción revolucionaria. Recordemos que Lenin nos hizo aprender y nos invitó a repetir el estribillo: no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria.

Así se desvió la obra de Marx hacia una racionalidad que la convirtió en lo contrario de lo que fue: pasó de ser crítica y se transformó en dogmática, impregnada de religiosidad. Dejó de tener el objetivo crítico y revolucionario para afirmarse como saber positivo, que puede reinar en todos los ámbitos del pensamiento y de las ciencias, antes que un hecho destructor y crítico de los discursos propios del sistema capitalista de producción.

En breve, el o los marxismos otorgaron a la obra de Marx un valor de uso diferente. Dejó de tener utilidad como crítica y como posición anticapitalista, para pasar a servir, a ser un valor de uso, como doctrina trascendente, coherente, completa o al menos perfectible, como guía para la acción, como ideología del proletariado, como ciencia verdadera y revolucionaria, como concepción alternativa del mundo, como receptario para la acción y para la construcción de una sociedad sin clases y sin explotación, como una nueva economía política, que debe incluso explicar y dar solución a los problemas críticos del capital, como posibilidad de nuevas teorías sobre las formas sociales de la dominación, como epistemología definitiva y universalmente válida.

Vaciada así la obra de Marx de su valor de uso primigenio, pudo ya incorporarse al mundo mercantil, pues quedó desprovista de su ingrediente incómodo: aquel que preocupó a Marx por la censura y la prohibición y que lo llevó a considerarla como mortífero proyectil contra la burguesía.

Se trata, entonces, de intentar interrumpir la mercantilización de la obra de Marx en una acción que es sinónima de la interrupción de los marxismos, para recuperar y acariciar, no sin cierta delectación, la significación crítica de aquel acontecimiento teórico.

Como se recordará, una de las tareas emprendidas por Marx, anunciada desde el plan de los Manuscritos de 1844, fue completar y

agotar el conocimiento de la economía política clásica. Su afán era tal que en carta a Engels en abril de 1851 manifestaba:

Ya he llegado a tal punto que en cinco semanas habré terminado con esta mierda de la economía. Una vez hecho esto redactaré en mi casa la Economía Política, mientras que en el Museo me lanzaré a otra ciencia. Esto comienza a aburrirme. En el fondo esta ciencia no ha hecho ningún progreso desde A. Smith y D. Ricardo, a pesar de todas las investigaciones particulares y frecuentemente muy delicadas que se han realizado.

Marx estaba, pues, empeñado en conocer plenamente el objeto de su crítica. De todo ese trabajo dan cuenta los volúmenes de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, textos anteriores a *El Capital*, verdaderos laboratorios donde se fue gestando la crítica que habría de culminar en esa obra.

Al considerar el discurso de la Economía Política, Marx reconoce que son sus conocimientos los propios y adecuados a la relación capitalista, y que se incorporan a ella como parte de las condiciones sociales y técnicas de la explotación. Es una ciencia que, como todas, traduce en abstracciones conceptuales o del pensamiento, las formas o abstracciones sociales que sustentan y constituyen la relación de dominación, erigiéndolas en objetos de conocimiento y, por ende, respetándolas y reproduciéndolas. Marx se ocupa de esa ciencia en cuanto en ella están las formas sociales de la dominación capitalista, bajo su expresión más prístina.

Pero Marx no se limita a ese conocimiento exhaustivo de la Economía Política, ni pretende sustituirla ni rivalizar con ella, produciendo lo que podría denominarse un nuevo conocimiento sobre los mismos objetos, es decir una nueva economía política, sino someter la economía al fuego de la crítica y, en su lugar, plantear la dominación capitalista y la relación central del antagonismo Trabajo-Capital.

He ahí una diferencia de perspectiva que es fundamental. No se puede aceptar la versión economicista de la obra de Marx, como general y habitualmente lo hacen tanto los marxismos como quienes los critican y condenan. Marx no es un continuador y enriquecedor de la teoría del valor de los clásicos, ni su punto culminante; no es un representante más o el mejor de la ciencia económica. Marx encontró en los objetos de la economía política, en el intercambio, en el valor trabajo, formas sociales constitutivas de la relación de dominación. Su propósito no fue recrearlas bajo una conceptualización alternativa,

sino contribuir a su destrucción con la crítica de las abstracciones del pensamiento que las deifican y reproducen, interrumpiendo el discurrir de la ciencia económica.

En el mismo sentido, así como Marx no ha inaugurado una nueva economía política, tampoco ha abierto el camino para nuevas ciencias de las formas sociales de la dominación, como lo pretenden quienes insisten en las imposibles teorías marxistas del Estado, del Derecho, de la religión, de las regiones superestructurales o, en general, de la sociedad o de la historia, ni muchísimo menos se trata de un método trasladable a las ciencias exactas o naturales para otorgarles una significación distinta. Las ciencias todas, como parte del saber burgués son, de una manera u otra, traducción discursiva de las formas sociales de la dominación. Marx no es un científico de nuevo estilo, sino el cultor de la ciencia de la subversión, vale decir un científico antisocial en cuanto es radicalmente anticapitalista: su norte es la búsqueda afanosa de la destrucción de la sociedad basada en la explotación salarial.

Tampoco puede admitirse que, de contrabando, se cuelen las orientaciones que hacen de la obra de Marx un método, la epistemología redentora en las tortuosas rutas del conocer y del pensar. La introducción de 1857, erigida como clave de ese método salvador, por ser materialista y dialéctico, no es otra cosa que el análisis del método científico correcto de la economía política, ciencia propia y adecuada a la relación capitalista, materia central de la crítica marxista; es el método de aprehensión y reiteración conceptual de las abstracciones reales de la sociedad burguesa. Lo que es importante en ese texto no es el pretendido método, sino el entendimiento de la producción material en términos de antagonismo, abandonando la imagen tópica de base-superestructura, aquel dogma tan caro a todos los marxismos, y rescatando el enfoque de la totalidad atravesada por el enfrentamiento que supone la dominación.

Frente a la materialidad mercantil de la obra de Marx, que corre y circula aquí y allá y engalana más de una biblioteca, es preciso interrumpir su valor de uso como ciencia, como método, como ideología para la acción revolucionaria, como modelo o utopía de nuevas relaciones sociales, y rescatar, en la medida restringida del discurso, su utilidad como negación y crítica de las formas sociales de la dominación, como acción demoledora de las categorías de la economía política y de otras tantas ciencias sociales y disciplinas que deifican como objetos de conocimientos otras formas constitutivas de la rela-

ción de explotación; como crítica de la sociedad burguesa, para abrir el camino, no sabemos cuándo ni cómo, a la esencia amorosa de las relaciones sociales, aun cuando esta expresión tenga sabor rosa y nos recuerde la retórica de Marx a su compañera y nos incline a ver como absurdo que, simultáneamente, se hable de relaciones de producción y de un galán rendido a los pies de su amada. Quienes así piensen, como dijera Marx, son desgraciados tontos y tontos permanecerán por *sécula seculórum*.

Esa obra, toda, no sólo el *Manifiesto*, es una expresión de oposición de clase contra el capital en un lugar específico, en el lugar de los discursos. Es la negación del trabajo, de la relación salarial, aunque esa negación no los elimine. Como tal esa obra nunca ha estado en crisis, ni puede llegar a estarlo; tuvo un valor de ruptura, la tiene hoy, ha producido y puede producir efectos. No podemos permitir que a ella se le impute el socialismo real que tiene otros responsables.

Recordemos una frase: “No somos doctrinarios que le ofrecen al mundo un nuevo principio, aquí está la verdad, ¡arrojados! No le decimos a la gente: abandona tus falsos objetivos, nosotros te daremos la verdadera clave de la lucha”; y la *boutade*: “Lo único que puedo decir es que no soy marxista”. Y pensemos que aquí nos invitan a reflexionar sobre las perspectivas, es decir, a pensar si subsisten posibilidades anticapitalistas. No podemos aceptar que se nos imponga un falso debate, que nada significa Marx, que no hay nada más allá del capitalismo, que hay que caer en los brazos de la socialdemocracia. Es una de las tantas formas de acallar las luchas para desviar su radicalidad.

Esa obra no está en crisis. No puede estarlo. No porque sea la luz, la verdad, sino porque es una expresión de oposición de clase que logró corroer el sistema capitalista, así no haya tenido éxito, entre otras cosas por el olvido, porque lo hemos enlodado pretendiendo academizarlo. No hay doctrina salvadora, no hay caminos diseñados, no hay utopías o recetas. Hay historia de luchas. No importa de qué se reclamen, si del marxismo o del socialismo; lo importante es el rechazo de la relación, la no veneración de sus formas. En ese sentido hay perspectivas de muchos Marx, que están seguramente agazapados y escondidos en las luchas cotidianas, que no tienen la figura del anciano de monóculo, pero que son como él: topos del capitalismo, roedores de sus bases. No hay que ser marxista sino anticapitalista. Hay que mostrar la lógica del antagonismo, la forma valor como base de la explotación. No se trata de estirar los textos

marxistas para que cobijen la situación actual, sino partir de los nuevos fenómenos y volver a verificar la temática de Marx con completa independencia enfrentándose a lo ortodoxo.

Las formas de organización que han existido han podido tener un valor anticapitalista; mencionémoslas: sindicatos, partidos, movimientos, guerrillas. Seguramente lo han perdido, pero hay que reconocer que la práctica anticapitalista no pasa por una forma determinada de organización. El comunismo renacerá sin duda. Lo que está próximo a desaparecer es toda una generación de sus defensores: la mía, la nuestra, la vuestra, la de todos aquellos que hemos vivido con la convicción o la ilusión de que es posible combatir el sistema dominante.

Marx y el comunismo viven. Nos asustan con ellos, nos los vuelven fantasmas, todos hacen alianza –la gran alianza– para cazarlos: las nuevas potencias, los papas de ahora, los radicales, los socialdemócratas, todos a una. Pero la obra está ahí. ¡Vive, Vive! Y gracias a ella lo que significó su autor. El comunismo temido y ahuyentado no ha muerto. No puede morirse lo que no ha nacido.